

a desarrollarse ese temperamento meditativo que tipificaría luego el gaucho de nuestra estepa, en medio de esa metáfora de la Nada y de lo Absoluto que es la llanura sin límites ni atributos (4).

Un sentimiento de finitud y transitoriedad que predispone el gran mundo ciudadano, la Buenos Aires nocturna y mefistofélica, en la que la urdimbre de los pensamientos individuales se confunde con las alucinaciones colectivas. La realidad política, en efecto, se «vislumbra» por la narración de Sábato como una pesadilla.

Ya en el *Facundo*, escrito a mediados del siglo pasado, se advierte ese terror cósmico al espacio; mucho de la fobia nocturna infantil que Sarmiento manifiesta contra el desierto y la barbarie no es otra cosa que la expresión de los sentimientos que experimenta un hombre cuando en medio de lo desconocido y las tinieblas busca la seguridad de la Cueva. La Civilización (que él escribía así, con mayúsculas) le proporcionaba el Orden, el Sistema, la Seguridad ante la Nada y la oscuridad primigenia. Buscaba en la ciencia positiva, en la fuerza material de la locomotora, en la rápida comunicación del telégrafo, la (candorosa) defensa contra los demonios que de noche surgían en lo más profundo de su alma americana. *Facundo* es la biografía de un caudillo feudal, en quien él personifica la Barbarie. Y con violenta genialidad, pero con pueril astucia, proyecta contra ese *áster ego* los exorcismos que en rigor están destinados a su propia alma poseída por los demonios (5).

La congoja de los argentinos procede de los Inmensos espacios vacíos, de la melancolía ciudadana, de ese sentimiento de la catástrofe que es la llave evocadora de los cantares y de los bailes. Sentirse en el confín de una cultura y estar, al mismo tiempo, presentes, produce perturbaciones colectivas que se descargan en la inquietud individual, en el dítirambo de un pensador desviado por sus mismos pensamientos y por los que considera ser los acontecimientos, las ocasiones de la existencia. También el tango es la manifestación de una ocasión evocada pero no cumplida: expresa una atmósfera rasante, tangencial a la vida.

Cierto es que surgió en el lenocinio, pero ese mismo hecho ya nos debe hacer sospechar que debe ser algo así como su reverso, pues la creación artística es un acto casi invariablemente antagónico, un acto de fuga o de rebeldía. Se crea lo que no se tiene, lo que en cierto modo es objeto de nuestra ansiedad y de nuestra esperanza, lo que mágicamente nos permite evadirnos de la dura

---

(4) Ernesto Sábato: *La cultura en la encrucijada nacional*, Crisis, Buenos Aires, 1973, p. 80.

(5) *Ibid.*

realidad cotidiana. Y en esto el arte se parece al sueño. Sólo una raza de hombres apasionados y carnales como los griegos podía inventar la filosofía platónica, una filosofía que recomienda desconfiar del cuerpo y de sus pasiones (6).

Un desconcierto emotivo dirige, por tanto, el vaticinio del orden: el tumulto de las pasiones se encauza en un canal expresivo que se configura como un momento exaltante de socialidad.

La exaltación, la adhesión a un *cliché* hacen de fondo al mito de la atracción; del amor, de la soledad.

El cuerpo del Otro es un simple objeto, y el solo contacto con la materia no permite trascender los límites de la soledad. Motivo por el cual el puro acto sexual es doblemente triste, ya que no sólo deja al hombre en su soledad inicial, sino que la agrava y ensombrece con la frustración del intento (7).

El machismo como complejo de inferioridad o de impotencia atenúa las durezas de la ausencia del principio de la realidad. La inmisión obligada de inmigrantes en una tierra sin orillas y casi sin fronteras engendra un sentido de extrañeza que se reprime con un acto elemental (sexual) de dominio. El tango cuenta la epopeya del dominio a partir de la angustiada visión de individuos aislados proyectados por un gigante enflaquecido sobre un escenario destinado a permanecer impenetrable o desconocido. El actor parece celar; de hecho, es circunspecto. Su melancolía brota de causas indecibles, lejanas e imprecisas como el deseo de vivir, imaginar y exaltarse:

Sus reacciones tienen mucho de la histérica violencia de ciertos tímidos. Y cuando infiere sus insultos o sus cachetadas a la mujer, seguramente experimenta un oscuro sentimiento de culpa. El resentimiento contra los otros es el aspecto externo del rencor contra su propio yo. Tiene, en suma, ese descontento, ese malhumor, esa vaga acritud, esa indefinida y latente bronca contra todo y contra todos que es casi la quintaesencia del argentino medio. Todo esto hace del tango una danza introvertida y hasta introspectiva: un pensamiento triste que se baila (8).

La dramaticidad metafísica del tango radica en la inconciliabilidad del emigrante con la desolación de las landas solitarias, con el *desencanto* que precede la época del éxito. El tango reduce a proporciones infinitesimales —no íntimas— las premoniciones del reino (del pecado y) del embrutecimiento social.

(6) Ernesto Sábato: *Tango. Discusión y clave*, Losada, Buenos Aires, 1965, p. 14.

(7) *Ibidem*, p. 15.

(8) *Ibidem*, p. 16.